



Amoris Laetitia
Temporada 5

Sesión 3: Fe y razón en la familia

Esquema de la conferencia (para leer rápido)

Resumen de la conferencia (si quiero destinar más tiempo)

Preguntas

“Fecisti nos ad te, te inquietum est cor nostrum, domine requiescat in te.”

(«Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti.»)

(*Confesiones*, I, 1, 1 S. Agustín de Hipona)

Esquema de la conferencia (para leer rápido)

- San Agustín (354–430), nacido en Tagaste (norte de África), es presentado como **“el primer hombre moderno”**: vida, pensamiento y fe van siempre juntos.
- Familia humilde: padre pagano y poco ejemplar, madre Santa Mónica cristiana de fe honda, pero que retrasa el bautismo del hijo porque “ya se bautizará de mayor”.
- Niño prodigio: destaca en la escuela en lectura, gramática y oratoria, pero **sin formación cristiana sólida** ni catequesis de nivel.
- Juventud agitada: años de vida licenciosa, búsqueda de placer y éxito académico, pero con **inquietud interior** y una pregunta que le turba y se hace **honradamente**:
→ *¿Por qué yo mismo soy capaz de hacer el mal, a menudo voluntariamente?*
- Rechazo inicial de la Biblia: la considera **mal escrita**, indigna de un intelectual; asocia la fe a la credulidad de la madre.
- Gran seducción del **maniqueísmo**: explica el mal como mezcla inevitable de dos principios eternos (Bien y Mal) y rebaja la responsabilidad personal.
→ Agustín entra, pero acaba viendo **dogmas sin prueba** y se desencanta.

- Fase de **triste escepticismo**: quizá el problema del mal no tiene respuesta y hay que vivir sin esperanza de felicidad plena.
- Estancia en Roma y Milán: se convierte en **orador imperial** y a la vez se siente cómplice de un sistema corrupto. Conoce al obispo **Ambrosio**, que le muestra una lectura **profunda y simbólica de la Biblia**.
- Llegan dos sacudidas:
 - la separación dolorosa de su concubina y el hijo Adeodato
 - la **Vida de san Antonio**, que le presenta un hombre sencillo, libre de dependencias, que vive el Evangelio de verdad.
- Conversión: en el jardín siente **“tolle, lege”** (“coge y lee”), abre la Carta a los Romanos y encuentra una llamada clara a **cambiar de vida**. Decide bautizarse (Milán, 387, a los 33 años).
- Gran intuición: **fe y razón como dos tramos de una misma escalera**.
 - La razón sube mucho pero no llega a su fin.
 - La fe no anula la razón, la completa y la ilumina.
 - Una fe no razonable no puede comunicarse; una razón cerrada a la fe queda coja.
- Regreso a África: quiere leer las Escrituras en diálogo y viviendo en **comunidad y pobreza**, y acaba siendo ordenado **obispo de Hipona**; desde allí escribe, predica y combate herejías.
- Obras principales:
 - **Confesiones**: oración donde explica su camino interior.
 - **La ciudad de Dios**: reflexión sobre historia, política y poder.
 - **De Trinitate**: pensamiento profundo sobre el Dios cristiano.
- En Agustín vemos: **búsqueda honesta de la verdad**, lucha con el mal, paso por caminos equivocados y descubrimiento de una **fe razonable**.
 - Por eso lo podemos leer hoy como un compañero de camino muy actual.

Resumen de la conferencia (si quiero destinar más tiempo)

San Agustín es presentado a menudo como “el primer hombre moderno” porque su conversión no es un golpe de teatro piadoso, sino el resultado de un lento proceso en el que se ponen en juego la inteligencia, la biografía y el deseo profundo de verdad. Entender los motivos de su cambio significa seguir el camino por el que pasa de ser un joven brillante e inquieto a ser un hombre que encuentra en Cristo una respuesta razonable a las preguntas que lo mordisquean desde dentro.

De joven, Agustín lo tiene casi todo por triunfar: es un niño prodigio de Tagaste, destaca en lectura, gramática y oratoria, avanza rápido por los estudios y pronto entra en el mundo de la cultura y de las élites. En Cartago descubre la gran ciudad, el espectáculo, los círculos intelectuales y la vida afectiva y sexual, y se lanza de lleno. Convive con una concubina, tiene un hijo -Adeodato-, vive ligado a los afectos y al reconocimiento público. Pero, justo en medio de este aparente éxito, se abre una grieta. Descubre que el placer, la compañía y el éxito no le bastan. Se sabe capaz de hacer el mal no sólo por ignorancia o debilidad, sino de forma querida, y eso lo desubica. El problema del mal, para él, no es una teoría abstracta, sino la constatación de que su propio corazón puede ser un lugar de oscuridad. Es aquí donde aparece su gran honestidad: no quiere vivir engañándose, necesita una explicación que no sea una coartada.

En esta búsqueda, rechaza de entrada la Biblia y la fe de su madre. Le parece que la Escritura está mal escrita, que el latín es pobre, indigno de un intelectual. Identifica la fe con credulidad y piensa que una persona seria no puede creer en un libro tan “mal redactado”. Esto le lleva a buscar respuestas en otros lugares, y aquí entra el maniqueísmo, que le ofrece una explicación “científica” del mal: dos principios eternos, Bien y Mal, mezclados en la materia, y el ser humano como una mezcla inevitable. A Agustín, al principio, esto le gusta: le proporciona un esquema mental y le rebaja la culpa. “No soy yo -podría pensar-, es que estoy hecho de mezcla”. Pero su exigencia intelectual le lleva a hacer preguntas incómodas: ¿quién le ha dicho que todo acabará bien?, ¿de dónde sale que haya dos principios eternos?, ¿no está introduciendo otro dogma? Cuando se enfrenta con el gran maestro maniqueo y comprueba que no tiene respuesta sólida a estas cuestiones, se siente estafado. Éste es un primer motivo de cambio: descubre que una teoría que parece dar todas las respuestas, en el fondo, también le pide un acto de fe ciega. Su amor a la verdad no le permite permanecer allí.

Después de esta decepción entra en una fase de escepticismo triste: quizás el problema del mal no tiene respuesta, quizás no hay felicidad plena, quizás hay que resignarse a vivir sin sentido último. Pero ni siquiera ese escepticismo le tranquiliza. En Roma y después en Milán alcanza la posición soñada -primer orador del imperio-, pero se siente cómplice de un sistema corrupto. Exteriormente, triunfa; interiormente, sigue desencajado. Este contraste entre lo que vive por fuera y lo que siente por dentro lo va

desgastando y lo prepara, poco a poco, para un profundo cambio. Lo que le empuja no es una desgracia externa, sino la constatación de que “así” no puede vivir en paz.

En Milán se producen tres encuentros decisivos. La primera es con el obispo Ambrosio (San Ambrosio de Milán). Va por curiosidad profesional, como orador que quiere escuchar a otro orador, y se encuentra con alguien que no sólo habla bien, sino que sabe leer la Biblia de una forma nueva: simbólica, profunda, no literal. Ambrosio muestra que la Escritura no es una colección de frases mal escritas, sino un tejido de significados que es necesario descifrar. Aquí cae otro muro interior de Agustín: el prejuicio intelectual contra la Biblia. La fe deja de identificarse con “creer tonterías” y se abre a la posibilidad de una fe pensada, capaz de dialogar con la razón. Éste es un segundo motor de su cambio: descubre que el cristianismo puede tener profundidad intelectual y no está reñido con la seriedad del pensamiento.

El segundo encuentro decisivo es de orden afectivo y biográfico. La separación de la concubina —impuesta por la madre y por las convenciones sociales— le hiere profundamente. Para adecuarse a un matrimonio “a la altura”, a instancias de su madre, envía a la mujer a África y se queda con el hijo. A los ojos de su tiempo puede parecer una operación normal; para él, es una ruptura interior. Aquí toca fondo otra dependencia: su forma de amar, la necesidad compulsiva de no estar nunca solo, el vínculo con el deseo y la piel. La herida afectiva no le convierte automáticamente, pero le hace evidente que también su forma de amar necesita ser curada. La conversión no será sólo una cuestión de ideas, sino también de corazón.

El tercer encuentro es con la Vida de san Antonio, escrita por San Atanasio. En este monje sencillo ve a alguien que, sin gran cultura, lee la Escritura con una obediencia libre, vive sin las cadenas que le ahogan a él y sale victorioso del combate interior. Esto le desconcierta: si un hombre sin sus estudios puede vivir con esa libertad, ¿por qué él no? El problema ya no es sólo “qué es verdad”, sino “cómo quiero vivir”. La figura de Antonio le pone por delante una vida que es posible y alternativa a la suya.

Todo esto culmina en la escena famosa del “*tolle, lege*”. En el jardín, asediado por la lucha interior, oye una voz infantil que le repite “coge y lee”. No ve a nadie, pero interpreta el gesto como una invitación de Dios. Toma la Carta a los Romanos y se encuentra un texto que le habla de dejar el desenfreno, los celos y la vida anterior, y de revestirse de Cristo.

¹³Andemos como en pleno día, con dignidad. Nada de comilonas y borracheras, nada de lujuria y desenfreno, nada de riñas y envidias. ¹⁴Revestíos más bien del Señor Jesucristo, y no deis pábulo a la carne siguiendo sus deseos. (Rom 13, 13-14)

Lo que lee no es sólo una exhortación moral; es la confirmación de lo que interiormente ya había ido madurando: que es necesario un cambio real, no sólo de ideas, sino de vida; que el problema no es sólo qué piensa, sino cómo vive. El efecto de esa lectura es el de

un “sí” interior. No es un cabezazo irracional, sino la respuesta de alguien que, después de haber agotado muchas vías, reconoce en ese lugar una palabra que le conoce a él por su nombre.

A partir de aquí se ponen en marcha las consecuencias: la decisión de pedir el bautismo, el camino compartido con el amigo Alipio, el papel discreto -pero decisivo- de Santa Mónica y, después, la vida en Comunidad para leer la Escritura en Diálogo que siguió en África como monje, presbítero y, finalmente, como obispo.

Pero el núcleo de su giro queda marcado por unos motivos muy concretos: su honestidad frente al mal que lleva dentro; la decepción frente a respuestas que parecen fuertes, pero no aguantan las preguntas; la constatación de que el placer, el éxito y el poder no llenan el corazón; el descubrimiento de una fe intelectualmente digna; la herida del cariño y el deseo y el encuentro con una palabra de Dios que no anula la razón, sino que la lleva más lejos. En ese cruce entre razón y fe, entre heridas y deseo de verdad, nace la conversión de Agustín, que él mismo leerá como un don recibido, pero también como una respuesta libre a una llamada que había ido escuchando, a ratos, durante toda su vida.

Fuente: Conferencia de Mn. Joan Torra el 20/11/25

<https://www.youtube.com/watch?v=ojdjUvRbM2I>

Preguntas

El tema de hoy suscita muchas preguntas y puntos de vista a analizar. Te sugerimos unas cuantas cuestiones, con la certeza de que no se pueden hablar todas con profundidad, pero seguro que alguna te tocará más de cerca y resonará en tu corazón, o querrás compartirla más que otras. **Elige entre las siguientes:**

1. **Cuando miras a tu familia (padres, hijos, abuelos, pareja...) ¿tienes la sensación de que Dios ha “repartido” el don de la fe con ritmos muy diferentes?**

¿Hay alguien de tu casa a quien, si eres sincero, ves como "el creyente", alguien como "el escéptico" y alguien como "el que pasa de todo"? ¿Cómo te hace sentir esto delante de Dios?

2. **San Agustín se pregunta cómo puede ser que él mismo sea partícipe del mal de forma voluntaria. Cuando piensas en tu vida familiar, ¿qué te cuesta más asumir: la responsabilidad de tus propios errores o los daños que otros te han hecho a ti?**

¿Dónde tiendes más a poner el foco cuando hablas del mal: en los demás o en ti mismo?

3. **En la práctica, el pensamiento en tu casa, ¿se acerca más a la visión maniquea (“hay buenos y malos y yo soy así porque me ha tocado”) o a la idea de que la gracia puede cambiar una historia familiar complicada?**

¿Puedes poner un ejemplo concreto en el que hayas pensado: "Soy así, no puedo hacer nada" o al revés: "Aquí Dios me ha ayudado a ser diferente de lo que me habría tocado"?

4. **San Agustín, al principio, desprecia a la Biblia como un texto “mal escrito” e indigno de un intelectual. Y tú, ¿cómo has vivido la Biblia en casa: como un libro sagrado que impone miedo, como un libro infantil, como una palabra viva o simplemente como un desconocido en un estante?**

¿Ha habido algún momento en el que un texto bíblico te ha hablado de verdad o bien, honestamente, todavía no lo has percibido?

5. **San Agustín habla de la razón como una escalera demasiado corta y de la fe como el tramo que la completa, no como una enemiga. En tu casa, ¿qué es más tabú: hacer preguntas difíciles sobre la fe o reconocer experiencias reales de Dios que la razón no acaba de explicar?**

¿Hay alguna pregunta tuya (o de un hijo, nieto, padre...) sobre Dios o el mal que haya quedado “silenciada” por miedo a romper la paz familiar?

6. **Si tus hijos o nietos vieran toda la película de tu vida como se ve la de Agustín —con años de desorientación, dependencias afectivas, malas decisiones y giros de guión— ¿Qué aprenderían sobre Dios? ¿Que es un juez severo, un amigo paciente o un invitado prescindible?**

¿Hasta qué punto te atreves a compartir tus crisis de fe en casa, o prefieres que sólo se vean los momentos "bien resueltos"?

¿Puedes identificar alguna herida personal o familiar que ha condicionado mucho más la fe de casa que cualquier catequesis u homilía?

7. **La fe de Santa Mónica: fiarse, insistir, transmitir**

En nuestra casa, cuando pensamos en cómo hemos recibido o transmitido la fe, ¿hasta qué punto la hemos vivido como algo que debemos entender o como una confianza que simplemente se vive?

¿En qué momento la perseverancia en la fe se transforma en presión sobre los hijos o la pareja?

¿Qué crees que has transmitido más: formas y hábitos religiosos o una relación viva con Dios? ¿Cómo podría reequilibrarse esto hoy en familia?